

# 15.

---

## Tres lecciones que nos deja la pandemia para transformar la educación

Melina Furman

Por primera vez en la historia, las escuelas de todo el mundo, casi a la vez, han cerrado sus puertas para enseñar de manera remota. Más de 100 000 millones de niños, niñas y adolescentes estudian desde sus casas a partir de lo que sus profesores les proponen, debido a una situación de emergencia que tomó a los sistemas educativos por sorpresa. Una emergencia que, en tiempo récord, nos introdujo en un experimento social propio de las más imaginativas distopías, y que nos está obligando a explorar qué sucede en un mundo hiperconectado (pero profundamente desigual) cuando docentes y estudiantes no pueden ir a la escuela por un tiempo prolongado.

Las consecuencias educativas de la pandemia son graves. Las Naciones Unidas las han descrito como catástrofe generacional, aludiendo a millones de niños que han quedado literalmente desconectados de la escuela y al alarmante pronóstico del aumento en la deserción escolar en poblaciones que ya veían vulnerado su derecho a la educación (ONU, 2020). Mitigar los efectos negativos y recuperar lo perdido será un desafío enorme para los sistemas educativos. Se requerirá creatividad y un compromiso político redoblado.

Aunque en medio de esta crisis también estamos aprendiendo algunas cosas importantes. Como una marea fuerte, que se lleva todo lo que encuentra a su paso, la pandemia arrastra y pone patas arriba al mundo tal como lo conocíamos. Pero, a medida que esa marea se retira y las aguas se aquietan un poco, empiezan a aparecer algunos tesoros escondidos. Identificar esas lecciones, recuperarlas y sistematizarlas será clave para capitalizar la experiencia de lo vivido pensando cómo (y también hacia dónde, claro) reconstruir los sistemas educativos.

El impulso por transformar la educación actual no es para nada nuevo, sino que viene pisando fuerte en las últimas décadas. Hay un consenso social cada vez más generalizado que pugna por una educación que prepare a las

futuras generaciones para desempeñarse como ciudadanos y ciudadanas plenos, y les garantice los saberes necesarios para construir y sostener su proyecto de vida con libertad.

Así, numerosas voces vienen advirtiendo sobre la necesidad de repensar tanto los contenidos como el formato escolar en vistas de generar experiencias de aprendizaje profundo, con sentido, que potencien la curiosidad y el pensamiento crítico. Experiencias que desarrollen en los estudiantes de todas las edades una serie de grandes capacidades para el pensamiento y la acción, indispensables para vivir en un mundo complejo y desempeñarse en él. Hablamos de la creatividad, de la capacidad de análisis, del trabajo colaborativo, de la comunicación, de la resolución de problemas y, por supuesto, de la habilidad de aprender a aprender, tal vez el mayor legado que podemos dejarles a los adultos del mañana.

Sin embargo, la innovación educativa tenía lugar hasta ahora en su mayor parte en los márgenes, conducida por individuos y grupos apasionados (y, en algunas ocasiones, organizaciones, distritos, municipios, provincias y hasta países) con una visión clara de que la transformación educativa no solo era urgente, sino posible.

La pandemia de la COVID-19 ha sido una llamada de advertencia a muchos, ha puesto de relieve que vivimos en un mundo caracterizado por la incertidumbre, con desafíos globales. De manera colectiva, estamos comenzando a darnos cuenta de la necesidad de reimaginar los espacios de aprendizaje, de transformar las aulas tradicionales en entornos en los que los estudiantes florezcan y desarrollen el conocimiento y las herramientas para el futuro que van a tener que navegar como adultos.

Alcanzar ese objetivo requiere llevar la innovación educativa al siguiente nivel, escalar iniciativas actuales y crear otras nuevas que conciban la educación como un proceso de por vida, que ocurre tanto dentro como fuera de las escuelas. Implica trabajar con profesores, profesoras y directivos, pero también con familias, educadores informales, organizaciones sociales y productivas y con la comunidad en conjunto.

¿Cuáles son esas lecciones que nos está dejando la pandemia para transformar la educación? A continuación, desarrollo tres que considero relevantes, enfocadas en la necesidad de repensar qué, cómo, cuándo, con quién y dónde se enseña y se aprende, con el fin de abrir la reflexión para llegar a un proceso que, sin dudas, deberá ser colectivo y contar con el compromiso de todos.

## Lección 1: Capitalizar el envión tecnológico para explorar maneras renovadas de enseñar y aprender (y garantizar el acceso al mundo digital)

Tal vez el aprendizaje más visible de esta etapa sea la integración de tecnologías digitales en la enseñanza por parte de maestros, maestras y profesores de todos los niveles y contextos, aprovechando recursos y plataformas que ya estaban disponibles, pero que hasta el momento no se habían utilizado de forma masiva. En poco tiempo, la incorporación de nuevas tecnologías dejó de ser una característica de las propuestas educativas más innovadoras para convertirse en el canal prioritario con el que se buscó sostener la educación.

Con mucho esfuerzo, y obligados por la emergencia, quienes nos dedicamos a enseñar tuvimos que rediseñar nuestras clases a distancia y, en ese proceso, nos animamos a ensayar nuevas maneras de hacer las cosas, en una suerte de capacitación acelerada y colectiva que no podríamos haber imaginado tan solo unos meses atrás. Esto abrió un terreno de experimentación con recursos, plataformas y canales, como videos, tutoriales, libros en línea, plataformas de aprendizaje remoto, documentos de trabajo colaborativo, redes sociales, correo electrónico, videollamadas, televisión, radio o llamadas telefónicas; lo que fuera resultando para seguir enseñando y conectar con los alumnos y sus familias (Petrie *et al.*, 2020). Al unísono, la pandemia puso a todos los educadores del mundo en modo aprendiz.

Esa integración de tecnologías digitales en la enseñanza puede traer consecuencias positivas. Los estudios sobre el tema muestran que la educación en línea y la semipresencial tienen el potencial de generar aprendizajes robustos y motivar a los estudiantes (Cavanaugh, Barbour y Clark, 2009). Bien diseñado, el trabajo a distancia abre nuevas posibilidades que complementan y enriquecen la presencialidad (Schwartzman, Tarasow y Trech, 2015).

Sin embargo, las investigaciones revelan también que, para conseguir los beneficios potenciales de la educación en línea o semipresencial, es necesario considerar con cuidado el diseño de las actividades y materiales de aprendizaje, así como los enfoques pedagógicos de dichas propuestas y recursos (Furman, Larsen y Weinstein, 2020). Dicho de otro modo, es la pedagogía, y no la tecnología, la que define el éxito de las clases a distancia.

La pandemia mostró, por un lado, que la mayor parte de los docentes de todos los niveles no estaban capacitados para integrar efectivamente las tecnologías digitales en la enseñanza. Pero, por otro lado, puso en evidencia una enorme resiliencia y creatividad en los educadores y educadoras, que buscaron en tiempo récord y con mucho compromiso la manera de seguir enseñando y de sostener el vínculo con sus alumnos a distancia.

En estos tiempos, hemos visto casos exitosos de esta integración de tecnologías digitales en la enseñanza en todos los niveles educativos, desde el inicial hasta el universitario. Por ejemplo, nuevos modos de presentación del contenido, aprovechando el potencial de lo audiovisual para motivar a los estudiantes y generar cercanía; docentes filmando con creatividad y esfuerzo sus propios videos, o recurriendo a materiales digitales que ayudaran a darle vida al contenido más allá de los libros de texto; plataformas para el trabajo colaborativo entre estudiantes; aulas interactivas; respuestas personalizadas por audio o video a las producciones de los estudiantes, y encuentros sincrónicos en los que las maestras proponen juegos participativos o actividades para que los alumnos resuelvan con ayuda de sus familias. Asimismo, aparecieron nuevos modos de evaluación de los aprendizajes, con los que los alumnos pudieron demostrar lo que habían aprendido de diversas maneras.

Recuperar esas experiencias y esos ejemplos de integración potente de las tecnologías digitales en la enseñanza de diversos contenidos, sistematizarlos y compartirlos será clave para conseguir que esta creatividad *de emergencia* se convierta en una práctica más definitiva. Y también lo será fortalecer las políticas de formación docente centradas en el diseño de secuencias y actividades que aprovechen el potencial del mundo digital y ayuden a generar estrategias para la enseñanza a distancia.

En este camino, los numerosos ejemplos de integración de tecnologías digitales que circulan en la actualidad podrían servir a otros docentes para reflexionar, inspirarse y formarse a fin de comenzar a dar esos pasos en el futuro cercano.

Como es natural, hay una condición previa, indispensable, para capitalizar este envión tecnológico y continuar repensando las formas de enseñar y aprender. Garantizar la conectividad y el acceso a dispositivos digitales apropiados para el trabajo a distancia (en especial de computadoras) a todas las familias, docentes y escuelas es un punto de partida innegociable.

Si hay algo que nos mostró la emergencia de la educación durante la pandemia es la imperiosa necesidad de universalizar el acceso al mundo digital, una deuda social que aún no se ha resuelto en muchas regiones del mundo, incluida Iberoamérica. Según las Naciones Unidas, a fines de 2019 tenía acceso a Internet, en promedio, un 54 % de la población mundial, con enormes diferencias entre continentes (ITU, 2019) y dentro de cada región.

La conectividad para todos es un objetivo en marcha que se va logrando de a poco, aunque mucho más despacio de lo que muchos deseáramos. Hoy ya se habla del acceso a Internet como un nuevo derecho humano que es preciso garantizar. Así, continuar con los esfuerzos, y redoblarlos, en las políticas de conectividad, equipamiento, distribución y capacitación que garanticen

el acceso de docentes, estudiantes y escuelas a las plataformas digitales y los contenidos se plantea como una de las mayores urgencias del futuro inmediato.

## **Lección 2: Revisar contenidos, formatos y enfoques escolares (y fortalecer el trabajo colaborativo entre docentes)**

Pensar la transformación educativa requiere hacerse algunas preguntas difíciles: ¿qué vale la pena que la escuela enseñe hoy?, ¿cuáles son los saberes prioritarios?, ¿qué conservar, qué dejar de lado, qué agregar? Esta revisión pormenorizada (y a veces incómoda) también implica que modifiquemos los formatos escolares y los enfoques de enseñanza, incluyendo la división por asignaturas y las pedagogías que dan sustento al trabajo en las aulas.

¿Vale la pena seguir enseñando por disciplinas? ¿Hay maneras distintas de pensar la organización escolar? ¿Qué modos de trabajo favorecen el aprendizaje profundo y con sentido? ¿Qué estrategias promueven que todos logren aprender en aulas heterogéneas? ¿Cómo dotar de sentido aquello que se enseña?

Una de las consecuencias del trabajo remoto fue la revisión de los contenidos de enseñanza que se esperaban para el año lectivo en curso. Durante la emergencia y con la dificultad del trabajo a distancia, los docentes tuvieron que recortar contenidos, priorizando aquellos que consideraban esenciales. Si bien se trató en general de un recorte *de emergencia*, esto abrió la puerta a un valioso debate curricular. Aparecieron nuevas conversaciones tanto dentro de los equipos pedagógicos de las jurisdicciones como en las mismas escuelas acerca de qué contenidos y capacidades son realmente irrenunciables y cómo garantizar su aprendizaje.

También surgió con nuevos bríos la pregunta por el sentido de lo que se enseña. Diversas organizaciones vienen advirtiendo que los adolescentes no encuentran sentido en aquello que les transmiten, sobre todo en la escuela secundaria, y que en muchos casos esto contribuye al abandono escolar (Unicef, 2017). Durante la pandemia, muchos profesores y familias observaron con preocupación la falta de motivación de los alumnos para continuar con el trabajo escolar a distancia. El contexto de aislamiento puso sobre la mesa la importancia de redoblar los esfuerzos en pos de conectar los contenidos con el mundo real —anclarlos en problemas, fenómenos, preguntas o situaciones interesantes para explorar— y la necesidad de trabajar con estrategias que den a los estudiantes un papel protagónico que genere mayor motivación por el aprendizaje.

Para ello, creo que la premisa del menos es más puede ser de ayuda a la hora de repensar posibles itinerarios de enseñanza basados en la priorización curricular. Me refiero a menos cobertura superficial de contenido declarativo, que genera que los alumnos acumulen información, conceptos y definiciones sin un entendimiento real o que resuelvan problemas de manera algorítmica. Es decir, menos conocimiento frágil y más comprensión profunda, reflejada en la posibilidad de que los estudiantes sepan aplicar lo aprendido de manera flexible y en contextos nuevos.

Resolver el problema de la calidad (es decir, el de los aprendizajes que logran los estudiantes durante su paso por la escuela) es una de las mayores deudas de la enseñanza actual en muchas regiones del mundo. Los resultados de las evaluaciones internacionales y los estudios académicos vienen dando señales de alarma acerca de que grandes porcentajes de jóvenes egresan de la escuela con saberes superficiales y descontextualizados —lo que David Perkins (2001) ha llamado *pensamiento pobre*— que no les permiten ejercer su ciudadanía de manera plena.

Lograr este conocimiento profundo requiere reorganizar los contenidos en secuencias y proyectos de trabajo sostenidos en el tiempo. Y que se incorpore una diversidad de estrategias didácticas que vayan mucho más allá de la mera exposición por parte de los docentes, y den a los estudiantes un papel protagónico en el que deban explorar cada contenido de trabajo, analizarlo, representarlo, resolverlo, aplicarlo, indagar en él y reflexionar sobre él.

De la mano de la revisión de contenidos y estrategias de enseñanza, también aparece la necesidad de repensar el trabajo organizado por asignaturas, en especial en la escuela secundaria. La fragmentación del saber en múltiples disciplinas que no pueden abordarse a fondo (por el poco tiempo semanal que se les dedica en la configuración horaria de las escuelas) es otro de los factores que contribuyen al conocimiento frágil. Desde este punto de vista, los enfoques interdisciplinarios y contextualizados en problemas reales, como el aprendizaje basado en proyectos, según los cuales un mismo contenido se explora desde más de una perspectiva teórica y metodológica, con la colaboración de más de un docente, son alternativas valiosas para ofrecer a los estudiantes una visión integral del conocimiento y desarrollar la capacidad de trabajar con problemas complejos.

Durante la emergencia, se dieron nuevos pasos en esta dirección. Como modo de reorganizar la propuesta pedagógica de la escuela, y pensando en que los alumnos recibieran enseñanzas más unificadas, muchas instituciones comenzaron a trabajar en proyectos y actividades elaborados en conjunto por más de un docente. Estos podrán ser buenos puntos de partida para seguir profundizando.

La colaboración renovada entre colegas aparece como uno de los tesoros que más veo en mi trabajo con educadores de distintos países de Iberoamérica en el marco de la pandemia. Desde la ayuda mutua en el trabajo a distancia y en la integración de la tecnología hasta la planificación conjunta de itinerarios de trabajo más ricos. Los entornos digitales y tener menos tiempo con los alumnos también ofrecen nuevas oportunidades para la colaboración entre educadores docentes y la creación de comunidades profesionales de aprendizaje.

Sin embargo, sabemos que capitalizar este trabajo en equipo y hacerlo a largo plazo será más sencillo en algunos niveles y contextos educativos que en otros. La necesidad de generar espacios de planificación conjunta entre docentes, remunerados y de larga duración, es una de las deudas que tienen aún muchos de los sistemas educativos iberoamericanos, sobre todo en el nivel medio. La buena noticia es que la pandemia nos muestra que el contexto puede promover de manera acelerada esa colaboración, y suma nuevas evidencias a la necesidad de buscar formas de garantizar ese encuentro entre docentes para pensar juntos.

### **Lección 3: Aprovechar el potencial de las modalidades híbridas (y enseñar el oficio de estudiante)**

La tercera lección es más bien una suposición. Todo parece indicar que las modalidades de enseñanza mixtas, híbridas, que combinan el trabajo en línea (a distancia o en la misma institución educativa) con las instancias cara a cara, llegaron para quedarse, al menos en algunos niveles educativos. El trabajo semipresencial (o *blended*) abre nuevos desafíos, pero también la posibilidad de capitalizar muchos de los aprendizajes que la comunidad educativa fue logrando en el contexto de trabajo remoto y que tienen el potencial de enriquecer los modos de enseñar y aprender.

Las modalidades híbridas tienen el potencial de combinar lo mejor de los dos mundos: la flexibilidad que ofrece el trabajo con plataformas digitales con la necesaria contención afectiva que nos da el contacto cara a cara con los demás. Sobre todo para estudiantes de mayor edad, en la última etapa del nivel secundario, el nivel superior o la formación profesional.

En una actividad con estudiantes llevada a cabo con los colegas Axel Rivas y Graciela Cappelletti en 2018, les pedimos a grupos de adolescentes que imaginaran la escuela ideal. Y hubo algo que apareció una y otra vez: los jóvenes nos decían que en la escuela que soñaban tenían la posibilidad de elegir qué aprender, cuándo y cómo, al menos en parte.

En el contexto de la pandemia, se observó una posibilidad que solo existía en algunas escuelas e instituciones que estaban probando formatos innovadores. Por ejemplo, en estos días, muchas familias empezaron a darse cuenta de que a veces los estudiantes, en particular los adolescentes, aprenden mejor cuando logran organizar su tiempo y pueden elegir. Algunos comienzan la jornada más tarde, otros empiezan por las materias que les interesan más. Hay quienes conectan con los compañeros para hacer las tareas escolares, o buscan videos en la web para terminar de entender algo que les cuesta, o recurren a tutoriales y otros medios para explorar sus propios intereses.

Esto nos ayuda a pensar en opciones de aquí hacia delante, porque muestra que esos momentos de autonomía de los alumnos pueden combinarse con las instancias en las que están todos juntos trabajando a la par en lo mismo. Como sostiene el enfoque de aulas heterogéneas, el objetivo es garantizar lo común, pero ofrecer caminos y modos de abordaje personalizados que permitan incluir a todos. Se trata un desafío organizativo complejo para la mayoría de las instituciones, pero posible en la medida en que se vislumbre como un objetivo valioso y se den las condiciones para hacerlo viable.

Sin embargo, para que haya formatos educativos más flexibles se necesita algo fundamental, muchas veces invisible. Como se reflejó con claridad durante la pandemia, el trabajo a distancia requiere mucha más autonomía por parte de los alumnos que la enseñanza presencial. Esta misma flexibilidad que ofrecen las modalidades híbridas exige al alumnado una serie de habilidades para el aprendizaje que el pedagogo suizo Philippe Perrenoud (2006) bautizó, en conjunto, como *oficio de estudiante*.

Se trata de habilidades básicas para aprender cualquier cosa, como la capacidad de organizar los tiempos, establecer rutinas de trabajo y planificar cómo abordar una tarea nueva. Incluyen la capacidad de comprender las consignas de trabajo, procesar lo que se aprende de múltiples maneras y establecer conexiones con lo que se sabe de antes y con la propia vida. Implican centrarse, desarrollar la perseverancia, reflexionar sobre lo aprendido y autoevaluarse. Las investigaciones muestran de manera contundente que el buen desempeño (o el fracaso) en la escuela o cualquier instancia de aprendizaje suele estar asociado a esta capacidad de autorregulación (Muijs y Bokhove, 2020).

Por tanto, para aprovechar el potencial educativo de las modalidades híbridas, que permiten recorridos más flexibles, las capacidades de aprendizaje autónomo son las más necesarias. Por eso, es fundamental que las escuelas enseñen estas capacidades desde edades tempranas, las pongan en la agenda y les dediquen tiempo y definan estrategias específicas.

En esta búsqueda de construcción de autonomía en los estudiantes, la alianza con las familias se vuelve más importante que nunca, puesto que los vínculos más profundos de los jóvenes con el conocimiento y el aprendizaje suelen tejerse en la vida hogareña, en conversaciones cotidianas, juegos, lecturas o actividades compartidas.

Asimismo, el contexto de educación remota nos ha mostrado la necesidad de preparar a las familias para acompañar a los niños y adolescentes en el trabajo a distancia como modo de garantizar la continuidad pedagógica. Así, la importancia de educar a las familias con estrategias y recursos para acompañar tanto los aprendizajes escolares (en primer lugar, ayudar a desarrollar el oficio de estudiante) como para potenciar la curiosidad y motivación de sus hijos e hijas es otra enseñanza de esta pandemia que tener en cuenta a la hora de repensar la transformación educativa.

Para concluir, la pandemia nos deja enormes deudas sociales, brechas, señales de alarma para reorientar políticas e intervenciones urgentes. Pero también la posibilidad de renovar el compromiso y la imaginación colectiva en pos de generar una educación transformadora. Hacia allí vamos, buscando que la fuerza de la marea no haya sido en vano.

**BIBLIOGRAFÍA:**

Cavanaugh, C. S., Barbour, M. K. y Clark, T. (2009). Research and practice in K-12 online learning: A review of open access literature. *The International Review of Research in Open and Distributed Learning*, 10(1).

Furman, M., Larsen, M. E. y Weinstein, M. (2020). *¿Cómo seguir enseñando cuando las clases se suspenden por una emergencia?* Documento 2. Proyecto Las Preguntas Educativas: ¿Qué Sabemos de Educación? Buenos Aires: CIAESA.

ITU (2019). *Measuring digital development. Facts and figures 2019*. Recuperado de: <https://www.itu.int/en/ITU-D/Statistics/Documents/facts/FactsFigures2019.pdf>

Muijs, D. y Bokhove, C. (2020). *Metacognition and SelfRegulation: Evidence Review*. Londres: Education Endowment Foundation.

Organización de las Naciones Unidas (2020). *Education during COVID-19 and beyond*. Policy brief.

Perkins, D. (2001). *La escuela inteligente*. Barcelona: Gedisa.

Perrenoud, P. (2006). *El oficio de alumno y el sentido del trabajo escolar*. Madrid: Editorial Popular.

Petrie, C. Aladin, K., Ranjan, P., Javangwe, R., Gilliland, D., Tuominen, S. y Lasse, L. (2020). *Spotlight: Quality education for all during Covid-19 crisis*. HundrED-OECD Report.

Schwartzman, G., Tarasow, F. y Trech, M. (comps.) (2015). *De la educación a distancia a la educación en línea: aportes a un campo en construcción*. Buenos Aires: Homo Sapiens/FLACSO.

Unicef (2017). *Para cada adolescente, una oportunidad*. Informe de posicionamiento.